arrancarle las sospechas y malas presunciones que tenia contra los Señores Becerriles.

"Si esto es cierto, y si V. no tiene el convencimiento íntimo y profundo de que sus sospechas sean una verdad, al borde ya del sepulcro y animado de sentimientos cristianos, debe V. de satisfacerlos, escribiendo que sus presunciones contra ellas no son justas, que las espresiones vertidas por V. en la declaracion y que me amplió antes de comenzar los debates, y de que yo hice mérito en la defensa, las retira absolutamente, arrepintiéndose de haberlas proferido.

"Esto, Sr. Muñoz, es de justicia, es de conciencia: al abandonarnos el alma, hay algo mas allá de la tumba. Si lo que V. dijo no es verdadero, manifiéstelo así, para librar á toda una familia de injustas presunciones. V. se considera víctima de calumnias, y vé V. cuán horrible es calumniar.

"La persona que pretendió alcanzar algo de Maximiliano, favorable á V., nada he obtenido. Sus lágrimas de muger nada valieron. El emperador compadeciendo al hombre, permanece mudo y ciego, queriendo el cumplimiento de una ley.

"Vine á tratar á V. en el crepúsculo de su vida: al irse á hundir en las sombras de la eterna noche, ejecute un acto de suprema justicia, vindique á los que ayer se difamaron, y despues de escribirles, autorice al sacerdote que oirá las últimas conferencias de la alma de V. con Dios, para que en público diga que V. los satisface.

"Que su paso de la vida á la muerte no sea amargo.

"De V. su servidor Q. B. S. M.—*Joaquin M. Alcalde.*"

O'Horan partió á México ofreciendo á Muñoz que alcanzaría el indulto.

El reo, viéndose perdido, se hizo de un veneno para suicidarse antes que marchar al patíbulo; pero aguardaba para tomarlo que dieran las dos de la tarde, hora en que se le habia ofrecido que llegaría el indulto.

Pero aunque la ejecucion debia tener lugar al siguiente dia, se adelantó la hora terrible, y al mediodia Muñoz fué sacado de la capilla. Este fusilamiento tuvo lugar el dia 11 de Octubre de 1865.

Los reos deportados á Yucatan lograron fugarse, y volvieron á aparecer cerca de Tlalpam.

Estos fueron los que ejecutó O'Horan en la época de que habla Basch.

Eran, pues, dos patíbulos, entre los cuales estaba tendida, como un lazo, una huella de sangre.

Hé aquí lo que fué en realidad ese gran crímen político cometido en Tlalpam, cuya roja sombra formará una de las manchas mas densas del imperio, y que apesar de su magnitud pasa desapercibido bajo la pluma insustancial del Dr. Basch, quien sin embargo lanza la duda de si existió la conjuracion, ó si fué inventada por O'Horan, de quien hace tan duras calificaciones. En México, al ménos, acostumbramos respetar la memoria de los que ya no viven.

En el siguiente capítulo el Dr. Basch se ocupa de los partidos en que está dividido México, y se lanza á *hacer la política*, como se dice hoy en un enérgico galicismo, con una audacia en la cual campean á la vez la ignorancia y la injusticia.

Ligeramente habla de la junta celebrada en Chapultepec con objeto de discutir un proyecto, segun el cual se convocaria un Congreso nacional que fijara la forma de gobierno que debia adoptarse en lo sucesivo, y con igual superficiali

dad habla de la actitud americana, del abandono de la Francia, de la enfermedad de Carlota y de la mision Castelneau.

Basch no sentia el volcan que mugia á los piés del imperio, y como todos los hombres de aquella época, llegó al borde del abismo sin tener la conciencia de lo acaecido.

Un poco mas allá retocaré ligeramente este punto. Por hoy solo rectifico las apreciaciones del Doctor sobre los partidos políticos de México.

En cuatro los divide el médico Samuel, bajo la denominacion de *puros, conservadores, moderados y maximilianistas.* A estos últimos les dá muy poca importancia, sin embargo de que fueron los que por su adhesion al archiduque supieron caer con dignidad juntamente con el trono. Si hubo prófugos, eso siempre sucede en toda derrota.

Pero segun el escritor aleman, los partidos en México son lo mas despreciable del mundo, porque no profesan convicciones firmes, y el móvil de su conducta es el interés bastardo y material.

Segun el mismo, el partido *conservador y clerical* no tenia mas punto de mira que recobrar los bienes de la Iglesia que habia perdido por la desamortizacion, y salvar los intereses de los grandes propietarios amenazados por la confiscacion.

Basch está equívoco. En toda lucha política siempre surgen los intereses materiales, porque ellos, unidos á los intereses morales, constituyen ese gran todo de la vida social. Y esos intereses son perfectamente legítimos, en tanto que no tienen la bastardía que rompe la ley y el equilibrio económico de los pueblos.

El que escribe estas líneas constantemente ha estado filiado en el partido liberal, y jamás, ni por un momento siquiera, ha tenido ni la tentacion de ligarse con los conservadores ni los imperiales; y sin embargo, hace á estos plena justicia.

El partido clerical no solo cuidó de los bienes de manos muertas sino que combatia tambien por sus creencias antiguas, por la religion de su hogar y por el santuario adonde iba á orar de rodillas, como habian ido sus padres, y como querian que fueran sus hijos.

Algunos intentarian conservar los inmensos bienes de la Iglesia y las ricas prebendas de que disfrutaban. Pero la mayoría se levantaba contra la reforma que iniciamos los liberales, porque veian su creencia vulnerada y su Dios profanado por la libertad.

Habia fanatismo, intolerancia y error. Pero estos son los defectos genuinos de la raza humana, y apesar de ellos, durante la reaccion conservadora, hubo grandes sacrificios, valor admirable, abnegacion y verdadero heroismo. Entre los conservadores hubo rasgos admirables y que honran altamente su memoria.

Basch no debia olvidar que ese partido, á la hora suprema del peligro, y apesar del injusto desprecio con que lo habia tratado el imperio, rodeó á Maximiliano, y supo caer con él batiéndose con valor y sucumbiendo con gloria, mientras lo abandonaban la Francia y muchos extrangeros.

No es menos injusto el doctor con el partido liberal, pues lo acusa de no tener mas que un aspecto esterior republicano y un espíritu anti-clerical llevando un móvil socialista radicado en su ódio contra el clero poseedor. Mas aùn, lo inculpa de que no tenia principios fijos y solo deseaba los bienes de la la Iglesia para adjudicárselos.

Nada de esto es esacto. Los hombres realmente ilustrados de la América del Norte y de Europa, lo que mas han aplaudido en el partido liberal es la firmeza con que han sostenido su dogma político apesar de los desastres y peligros de que estaba rodeada esa obra ciclopea que se llamó la reforma. Si en torno de los mártires de la libertad que consumaron el triunfo republicano hubo especuladores que se

enriquecieron con los despojos eclesiásticos, no debe olvidar el médico imperial que los primeros que saquearon los tesoros del templo, fueron los obispos, y Miramon y Márquez: y menos debe relegar al olvido que despues del triunfo de Calpulalpam la mayoría de los bienes desamortizados fueron á manos de *extrangeros.*

El partido liberal, el verdadero partido liberal, está muy alto sobre la calumnia del doctor de cámara de Maximiliano. Respecto al partido moderado no me permito juzgarlo, porque no soy imparcial en la materia. Jamás he podido estimar á ese grupo de hombres que solo profesan un programa, el del *éxito*; que solo buscan un fin, su propia elevacion, y sobre la patria y el dogma colocan siempre sus bastardos intereses. Por eso se amoldan á todas las formas de gobierno, con la sola condicion de que el que impere los eleve á los puestos y les abra las arcas públicas.

Un poco mas esacto es el médico historiador al describir al partido *maximilianista.* En efecto, fuera de la inmensa comparsa que siempre anda en pos del presupuesto, habia hombres leales y de corazon á quienes fascinó el irresistible ascendiente de Maximiliano, hasta el punto de que olvidaron sus ligas pretéritas y rompieron sus compromisos con la República para ir á ayudar á la consolidacion del nuevo trono con sus luces y su influencia. Estos siguieron la suerte del emperador hasta la última hora, mientras que los parásitos, ó defeccionaron, ó buscaron en la fuga la salvacion de su persona y de sus intereses.

Así fué como se desvaneció esa nube dorada que por algunos meses flotó en torno del jóven rey.

Las demas apreciaciones de Basch son tan esactas como su relacion entera, y lo que nos cuenta acerca de nuestros *pronunciamientos* es alguna efeméride que le enarraron, y que se relaciona á los movimientos revolucionarios que pa-

saron durante algunas dictaduras militares, anteriores á la invasion francesa.

Pero hasta en esto se vé el miopismo del que pretende ser apreciador severo de nuestras revueltas. Sepa Basch que siempre detras de cada insurreccion, que en cada una de las faces de nuestra guerra civil, se trasparenta la lucha eterna de los dos partidos, el liberal y el conservador, y que con mas ó menos desembozo se remarcaba en cada combate y á cada episodio de las guerras civiles, el antagonismo de la reforma y del estatuo-quo, del porvenir y del pasado, de la civilizacion y del retroceso. Las almas pequeñas solo ven la pequeñez del detalle, pero jamás saben abarcar el conjunto, ni descubrir la causa generadora de un fuerte sacudimiento social.

Pero mas miserable es aun el historiador, cuando se permite juzgar la fidelidad militar de los mexicanos.

Dice que en México no se tiene por deshonor abandonar una bandera, y que en el ejército imperial hubo deserciones cuando faltó al imperio dinero que darles, ó esperanzas que ofrecerles para el porvenir.

¡Ingrato es el Dr. Basch con los hombres que defendieron las últimas horas de su amo, con los hombres que vertieron su sangre por el rey extrangero, y que cayeron como leales al lado del emperador!

A no ser que Basch hable de la fuga de los franceses, de la defeccion de la legion extrangera, de la dimision pedida por la oficialidad tambien extrangera de los *cazadores*, de la insurreccion de los belgas; de las cartas que algunos soldados extrangeros dirigian al general sitiador en Querétaro.

.....¡Pero esos no eran mexicanos.....!

Antes de permitirse Basch tocar la honra de nuestra raza debia recordar que el caballeroso Maximiliano á la hora

del desastre, se vió obligado á dispensar á algunos de sus auxiliares del juramento de fidelidad que le habian prestado.

Aquí tengo que abandonar al médico ordinario (y bien ordinario por cierto) en sus elucubraciones filosóficas acerca de la situacion política de Maximiliano, desde su advenimiento al trono.

El desprecio con que el nuevo régimen trató á sus aliados naturales los conservadores, el programa liberal aceptado por el jóven soberano, tanto por propia conservacion, como por apuntaciones del elemento francés, la pugna entre el gabinete de México y el de las Tullerías, toda esa suma de absurdos que arrastraron á los emperadores á un abismo, está juzgada por el cronista con una superficialidad, ligereza y falta de juicio tales que al leerlo se cree escuchar á un labriego atacado de político-manía.

Si es cierto que el médico de cámara disfrutó alguna vez de las confidencias de su Señor, no cabe duda en que este estaba engañado respecto de ese inmenso error europeo que se llamó la espedicion de México. No es estraño que los que estaban mucho mas abajo, participaran de tan cruel aberracion.

Volvamos á la terrible lógica de los hechos.

III.

Hagamos, pues, á un lado todo el capítulo segundo de los *Recuerdos de México*, y saltemos al siguiente, en el cual penetra de lleno el doctor al corazon de la política de aquella época, y de una plumada recorre la cuestion interior, la cuestion francesa, y las divergencias con Roma.

Basch penetró, segun dice, hasta el gabinete del emperador y á la biblioteca contigua, mientras se efectuaba la junta en la cual se iba á resolver la propuesta de convocatoria que habia iniciado Maximiliano, quien creyó que podia reunir un congreso nacional, en el cual ingresaran los elementos de todos los partidos, y decidieran de la suerte del imperio, y de la creaccion de elementos para sostenerlo.

Herzfeld no obtuvo esa confianza segun cuenta el médico de cámara, confianza que, por otra parte, no sirvió á este último para recibir mejor luz con que juzgar la situacion. Apesar de haber sido testigo de los debates, y de haber podido leer el pensamiento de su real Señor, continuó Basch hundido en su ignorancia.

Por eso se vé que no comprende toda la significacion que tuvo el ingreso del partido conservador en masa al ministerio imperial y al Consejo de Estado.

Por eso sorprende que juzgue con tanta ligereza á Lacunza, y asiente que el emperador deseaba la llegada de